

FADIR DELGADO

Poeta, narradora, tallerista. Comunicadora social y periodista, magíster en Creación Literaria, Universidad Central.

I

Abre la boca y mueve la lengua de un lado a otro. Frunce los labios cuando su madre toca la puerta.

—Ya es hora. Tienes que irte.

Ella da vueltas en la cama y grita. Se queja de un dolor de estómago, se retuerce y encoge el cuerpo. La madre entra a la habitación y se sienta a su costado izquierdo. Rafaela estira la mano y toca la mejilla de su madre. Le pide con la mirada que haga algo por ella.

Rafaela no va a la escuela los jueves. Siempre encuentra la manera de ausentarse, de dar la explicación precisa, la enfermedad acertada. Esta vez el turno es para el dolor de estómago. Su madre le dice que la ve mal; que es mejor que se quede en casa. Ella recoge las piernas y se voltea de lado; mira a su madre de reojo hasta que se cierra la puerta. En ese momento comienza a saltar y se tapa la boca con las manos.

—Que no me vayan a descubrir. Una enferma no debe gritar —dice.

Por la ventana entra el ruido de los carros. Se escucha el sonido de una ambulancia. Rafaela corre a asomarse. Siempre le ha gustado verlas, sobre todo en las noches cuando las luces titilan en los vidrios de la ventana. Pero esta vez es de día. La luz de la sirena es consumida por los rayos del sol. Le agrada ver a la gente, contar los carros, ver el perro de enfrente que corre detrás de las motos que pasan y les ladra hasta que desaparecen al doblar la esquina. Su madre

no le dijo que se quitara el uniforme del colegio, pero debe hacerlo.

—¡Qué extraño! —piensa. Eso es lo primero que le ordena cuando se enferma los jueves.

Va hacia el armario que se encuentra en un rincón de la habitación. Abre las dos puertas y se queda por un largo tiempo moviendo la ropa con sus manos: de derecha a izquierda; de izquierda a derecha. Cierra los ojos y escoge al azar un vestido. Así le gusta vestirse, al azar. A su madre no le gusta la costumbre de su hija. A veces se pone combinaciones extrañas y no adecuadas para determinadas ocasiones. Una vez eligió una blusa amarilla con una falda verde fosforescente. Cuando bajó la escalera de la casa para ir al cumpleaños de una prima lejana, la madre la tomó del brazo y la llevó a la habitación. Puso sobre la cama la ropa que debía usar.

Rafaela prefería esa imposición, antes que ponerse ella a pensar sobre las vestimentas adecuadas. A veces el azar se salía con la suya: lograba unas combinaciones precisas que su madre aplaudía y le celebraba con una torta de zanahoria, para recompensarle el esfuerzo por haber seleccionado bien la ropa. Ella se comía la torta en honor al azar.

Escoge del armario un vestido que tiene un tigre pintado en el centro.

—Perfecto para mi dolor de estómago— dice. Se ve en el espejo y finge para

sí el dolor: arruga la frente y rechina los dientes. Luego regresa a la ventana. Desea que jamás anochezca. Piensa en la escuela, en sus puertas altas, en la pérgola del patio. Antes de ser un colegio, fue un convento y una cárcel. Ella guarda el artículo de un periódico viejo que habla sobre eso. No es que le moleste la escuela; solo le gustan los jueves en casa. Ese día, aunque llueva, aunque haga sol, siempre irradia una luz que tiñe las paredes.

Regresa a la cama. Escucha los pasos de su madre en el corredor. Siente cómo limpia los adornos y cómo mueve las sillas.

—Quizás barre —dice—. Quizá lame las paredes para cerciorarse de la limpieza de la casa.

—Una casa que enferme tu lengua, lo enfermará todo —le recalca siempre a Rafaela.

II

Este jueves finge un dolor de cabeza. Se pega muy fuerte con las manos para sentir dolor. Se va a la cama y se aprieta la cabeza con la almohada mientras estruja los dientes. Su madre entra en ese momento.

Ella la mira con esa mirada brillante que sólo puede hacer los jueves.

—¡Por Dios niña, ¿qué tienes?!

Ve en los ojos de su madre lo que parece ser una telaraña. Estira sus manos para tocárselos.

—Es la catarata; solo la catarata —responde la madre.

Cuando pronuncia esa palabra, Rafaela escucha el sonido del agua. Es un bonito nombre para una enfermedad. Una vez pensó que podría fingirla, y se echó en los ojos la nata del café con leche del desayuno. Comenzó a frotárselo para que la nata se dispersara en el ojo, pero lo único que consiguió fue irritárselo. No veía nada. Al moverse, tumbó la lámpara de piso de

la sala, se tropezó con el mueble rojo del corredor de la casa. Corrió hacia el baño y se frotó agua en la cara. Cuando cayó la primera gota, sintió que la respiración volvía. Vio el baño más luminoso que nunca y no se asustó con las muñecas de trapo colgadas de las paredes.

Nunca ha entendido por qué su madre ha convertido el baño en una especie de repisa para muñecas. Les tiene miedo. Por eso se baña con los ojos cerrados. Cuando entra a él, nunca los abre. Pero esta vez lo hizo, y sintió que ella era quien asustaba a las muñecas con sus ojos irritados y natosos. Su madre, al verla, creyó que tenía conjuntivitis. Le ordenó que se quedara en casa. Era jueves. No pudo fingir la catarata, pero el azar le regaló una enfermedad nueva.

Aún mira a su madre con los mismos ojos húmedos que tiene los jueves.

—Es raro, mamá.

—¿Qué te enfermes todos los jueves?

—No. Eso que tienes en los ojos.

Debe ser raro mirar así.

—Es la catarata. Solo eso.

Y con esa palabra, Rafaela cierra los ojos y duerme.

A la media hora se levanta y se dirige a la ventana. Los carros están detenidos, los conductores pitan y se desesperan. Dicen palabras que su madre les ha prohibido pronunciar. Las copia en una libreta de tapa dura, de color gris. Escribe esas palabras y también los diálogos sueltos que escucha. Escribe todo, hasta cuenta el tiempo en el que se tardan las ambulancias para vencer las filas de los carros embotellados en la calle.

Su madre entrea la puerta y dice desde afuera:

—¿Cómo sigues?

III

El lunes siguiente, realiza un examen de la escuela que debió hacer el jueves pasado.

Está sola en el salón de clases. Es raro ser la única estudiante sentada en uno de los pupitres de color marrón. Son viejos. Los pintan cada año antes de entrar a clase. Tienen un olor a pino mojado. En el piso se ven las sombras de tres ventiladores con sus aspas encurtidas que hacen un ruido, exactamente, cada cinco minutos.

—¿Sabe cada cuánto los abanicos hacen ruido? —le pregunta a su profesora mientras hace el examen.

La profesora Judith es de esas mujeres que se agarran los senos para correr y huelen a talco de bebé. Ella le dice que se concentre; que si en el examen no está esa pregunta, no le importa la respuesta.

Rafaela alza los ojos hacia los ventiladores, encoge los hombros y continúa la evaluación. Eso de hacer sola los exámenes tiene su encanto para ella. Cuando los realiza con sus compañeros no soporta las miradas sobre su espalda, los cuchicheos y el correr de los papeles sobre los pupitres. Esos pequeños sonidos sí que dan dolor de cabeza. Una de las ventajas de no ir los jueves a clases es tener el privilegio de hacer las evaluaciones sin compañía.

IV

Se viste y arregla los cuadernos en su mochila. Sale de su cuarto y camina como si llevara bultos de cementos amarrados a los tobillos. Es el momento de fingir calambres en las piernas. Cuando está en la cúspide de la escalera, se agarra del retrato de su abuelo muerto que cuelga del lado izquierdo y se tambalea. Antes de seguir se persigna. Su madre la observa desde la sala. Sube a ayudarla y la lleva a la cama.

—Tu día definitivamente no es el jueves. Llamaré al colegio.

Besa su frente y la cubre con sus manos. Luego va hacia la ventana y mira por un momento la calle. Rafaela la observa

desde la cama. Nota que su madre entrea-bre los ojos para mirar.

—¿Ves bien, madre? ¿Ves los carros?

—Es la catarata.

Cierra los ojos y se duerme con el sonido de aquella palabra. Al levantarse, corre hacia la ventana y ve una pareja debajo del semáforo de la esquina. El hombre le toma las manos a la mujer, y ella se las suelta de manera violenta. Toma su libreta para escribir todo lo que dicen, pero el ruido de los carros no la deja escuchar. Entonces, comienza a inventarles un diálogo. Al rato, se cansa de escribir. El hombre y la mujer siguen discutiendo. Cierra la libreta y se concentra esta vez en el señor de la correspondencia que llega a la casa ubicada al frente de la suya.

Nadie le abre. El señor introduce los sobres por debajo de la puerta. La casa tiene un árbol en su terraza. Sus hojas pueden curar muchas enfermedades. Eso se lo escuchó a su madre, cuando regresó una tarde con un manojo de esas hojas para curarse la catarata. Todas las noches las hierva en agua y empapa unos algodones y se los pone sobre los ojos.

El árbol tiene un tronco muy delgado, pero la frondosidad es tan copiosa que da sombra a toda la terraza. Es tan vasta, que una vez ella vio cómo unos ladrones que eran perseguidos por la policía se treparon en él y se escondieron allí. Lo vio todo desde la ventana. Uno de los policías que se cansó de buscar, decidió descansar bajo la sombra del árbol, cuando de repente un reloj cayó de arriba. Él alzó la vista e hizo un gesto en señal de incompreensión.

Recogió el reloj. Como si hubiera recordado la razón de su presencia en el lugar, gritó:

—¡Aquí están! ¡Aquí están! —El policía y otros tres compañeros comenzaron a lanzarle piedras al árbol, y los vecinos se sumaron, hasta que los ladrones cayeron como frutos de la ramas.

Pensó en correr y avisarle a su madre. Contarle que ella lo había visto todo antes que los policías, pero recordó que ese jueves se había inventado una fiebre. Eso sí que le había costado, pues aquel día, cuando su madre ni siquiera se había levantado, caminó en puntillas hacia la cocina, y permaneció unas dos horas exponiendo sus brazos y su cara al fuego de la estufa. Luego volvió a la cama. Su madre la encontró cubierta hasta el cuello, arropada con una montaña de sábanas. Le tocó la cara caliente, y ella misma, sacó los brazos para que la madre se cerciorara más de su estado de salud.

—¡Por Dios, niña, estás que hierves! Te voy a traer una infusión con las hojas del árbol para ver si te curas... y tendré que llamar de nuevo al colegio.

Rafaela recuerda todo aquello, mientras ve al mensajero de rodillas para introducir los sobres por debajo de la puerta.

—No debo hablar de enfermedades de otros días —piensa—, pues luego terminaré confundíendome.

Igual que esa vez cuando su madre le preguntó cómo seguía, y ella le dijo:

—Bien. Ya no tengo tantas ganas de vomitar.

—¿Cómo así?, ¿estás vomitando? ¿Y el dolor de oído que tenías?

—Hoy es la fecha de los calambres en las piernas. Eso no lo debo olvidar —escribe.

V

Al otro día, llegan unas primas de su madre a quedarse una temporada en la casa. Convierten el lugar en una cueva de ruidos. Se ríen, tocan como locas el piano, o más bien le dan golpes, como dice Rafaela. Corren por los pasillos y hablan de los adornos, de lo bonito que es ese, de lo bonito que es el otro, que dónde lo compraste, que yo tengo uno mejor.

Rafaela alza los ojos hacia los ventiladores, encoge los hombros y continúa la evaluación. Eso de hacer sola los exámenes tiene su encanto para ella.

Una de ellas baja las muñecas que están colgadas en las paredes del baño para limpiarlas. Ese día su madre se enoja tanto, que la estadía para ellas ya no fue tan cómoda y toman la decisión de marcharse.

Rafaela se queda inquieta y preocupada, pero no por lo del baño. Para ella mejor que bajaran esas muñecas. Está intranquila porque los ruidos de la visita no le permitieron pensar en la enfermedad del próximo jueves.

—Deja de caminar de un lado para otro. ¿No tienes tareas qué hacer? —le dice su mamá al verla inquieta rondando la casa.

Golpea las paredes. Se sienta en el mueble rojo y se agarra la cara. Durante la comida no dice una sola palabra. Solo mueve los pies debajo de la mesa tan fuerte que su madre la obliga a detenerse con una mirada directa.

Llega el jueves. No tiene ningún pretexto para no ir a la escuela. No pudo resolver nada al respecto. Había pensado en repetir la excusa de la fiebre, pero hacerlo, es una opción muy peligrosa, muy susceptible de ser descubierta. Esa enfermedad nunca le ha dado mucha confianza. Además tiene que levantarse casi en la madrugada para poder simularla.

Entonces se le ocurre fingir la muerte. La muerte nunca la había ensayado. Se puede fingir la enfermedad, ¿pero la muerte?

Rafaela sale a las siete de la mañana de la casa. Afuera los carros se enfilan esperando el cambio de luz del semáforo. Cruza la calle y se dirige al árbol de la casa del frente. La gente va de prisa, algunos se acomodan sus trajes, otros no le quitan los ojos al semáforo mientras pasan la calle. Un señor viene en sentido contrario con un montón de hojas. Cree que debió tomarlas del árbol.

—Alguien debe tener cataratas en su casa —murmura.

Ella saca del bolsillo de su falda un pañuelo y se limpia la cara. Son las siete de la mañana, y ya el sol se hunde fuerte sobre la ciudad. Piensa que el día será bien caluroso. Alguien le toca el hombro derecho y le dice: “Salúdame a tu madre”.

Al llegar a la casa del frente, alza los ojos hacia la frondosidad del árbol, respira profundo y comienza a treparlo. Se siente como los ladrones que vio aquella vez. Avanza. Las ramas le rasgan las piernas y una hormiga dorada le muerde el brazo izquierdo. Al intentar quitársela, se resbala un poco. Del árbol, comienzan a caer unas cuantas hojas. Rafaela se detiene un momento para verlas chocarse contra el suelo.

Continúa. Trepa. La cara se le humedece por el calor. Siente un cosquilleo cuando las gotas de sudor le recorren las mejillas. Llega por fin arriba. Se oculta entre las ramas. Mira hacia abajo y ve al perro de siempre correr detrás de una moto. El animal regresa, rasga el tronco del árbol y le ladra. Rafaela vuelve a respirar hondo. Seca el sudor de la frente con la palma de su mano. Abre los brazos y sonríe. Cierra los ojos y se lanza desde lo alto.

Su madre desde la ventana la ve caer con los ojos entreabiertos. Ve el cuerpo borroso de su hija como una hoja cuando se desprende del árbol. Había subido muy temprano a la habitación de Rafaela para decirle que no podría ir a la escuela, que debía acompañarla al hospital porque la operarían de la catarata.

La madre baja deprisa las escaleras. Cruza el semáforo en verde y franquea los carros de la calle. El perro que ladra a las motos, lame la cara de su hija. La madre lo espanta. Ve a Rafaela tendida sobre el cemento, con su uniforme de cuello azul, camisa blanca y falda de cuadros.

—Tendré que llamar al colegio —dice—, como todos los jueves. ■■